



XVI.

LA GUERRA EN LAS INDIAS.

1728-1741.

El contrabando en Indias.—Institución de la Compañía de Caracas.—Naufragios.—Astillero de la Habana.—Inician los ingleses la hostilidad.—Toma de Puerto-belo por el almirante Vernon.—Idem del fuerte de Chagre.—Son derrotados en la Florida.—Disponen expedición grande contra Cartagena.—Tienen que retirarse con enorme pérdida.—Invaden la isla de Cuba.—También fracasan.—Se incendia en la Habana un navio.—La colonia del Sacramento.



No obstante la solicitud del ministro Patiño y del efecto de las reclamaciones hechas al Gobierno de la Gran Bretaña, había ocurrido una verdadera inundación de tratantes ingleses de toda especie en la Costa firme; una plaga sin ejemplo para el comercio nacional que no podía competir con el fraudulento y que sufrió pérdidas enormes. La institución de la Compañía de Guipúzcoa para la provincia de Caracas remedió en ella el mal á favor del método ordenado de sus operaciones ¹; en las demás, el celo de los generales encargados

¹ Constan en dos publicaciones: *Copia de la real cedula de ereccion de la real compania guipuzcoana de Caracas y direccion por la M. N. y M. L. provincia de Guipuzcoa en la Junta general del año 1728. Con adición de las gracias, exempciones y privilegios que la piedad de el Rey nuestro Señor (que Dios guarde) se ha dignado dispensar así á la referida real Compañía como á sus dependientes, desde la fundacion de ella hasta el año 1748 inclusive.* Año 1748. En Madrid en la imprenta de Antonio Sanz. 8.º, 134 páginas.

Compañía guipuzcoana de Caracas; noticias historiales practicas de los sucesos y adelantamientos de esta Compañía, desde su fundacion en 1728 hasta el de 1764, por todos los ramos que comprende su negociacion. Año de 1765.

Aceptó la Compañía la obligación de resguardar por mar y tierra la costa de



de la dirección y mando de los guardacostas no bastó para contener los abusos que con osada pretensión querían los contrabandistas transformar en derecho.

Contribuyó la naturaleza á dificultar la situación en que estaban las Indias con horroroso terremoto en Chile en 8 de Julio de 1730, que arruinó las ciudades de Santiago y la Concepción; con huracán devastador de la de Matanzas, en Cuba, así como de los plantíos de sus contornos, ocasionando en la mar el naufragio de la fragata *Genovesa*, en que se habían embarcado los caudales de Tierra firme para España. Este bajel, mandado por D. Francisco Guiral, pereció en el bajo de la Vibora, dando por tributo al Océano el cadáver del mariscal de campo D. Manuel de Alderete, que había cesado en la presidencia de Panamá y gobierno de Tierra firme ¹, pequeño siniestro comparado con el que otro huracán causó en 15 de Julio de 1733 destrozando á la escuadra y flota de D. Rodrigo de Torres.

Había salido con buen tiempo el 13, de la Habana en conjunto de 21 bajeles, la capitana de ellos y cuatro navíos de guerra. El día 14 empezó á variar el tiempo, rolando el viento del N. al SE., por el que se desató la borrasca antes que la flota hubiera desembocado el canal de Bahama; las más de las naves desarbolaron, arrancados palos y velas por la violencia del huracán; varias vararon en los bajos de los Mártires, haciendo bueno el nombre; tres zozobraron, desapareciendo entre las olas con toda la gente. Cuando pasó, las acertadas disposiciones de Torres salvaron hasta 13 em-

ilicito comercio de los extranjeros, para lo cual armó en Pasajes los navíos *San Ignacio*, *San Joaquín*, *Santa Rosa* y la galera *Guipuzcoana*, y estableció carenero y almacenes en Puerto Cabello.

Resumen de las utilidades que ha traído y trae al Estado, al comercio general de la nación y á la Real hacienda la Compañía real guipuzcoana de Caracas, con las reflexiones que ocurren en su asunto contra el Systema de libre comercio por lo respectivo á la Provincia de Venezuela. Papel instructivo dispuesto por la Dirección de la misma Real Compañía. Año de 1764. En 4.º

¹ Se formó causa en la Habana para dilucidar el comportamiento de los jefes, y con este motivo se imprimió, *Memorial de D. Francisco Mateo Laget, segundo comandante del navío La Genovesa, que naufragó en el veril de la sonda de la Vibora, arres-* tado en el castillo del Morro de la Habana. S. a. n. l.



barcaciones, comprendidas la capitana y el navío *Infante* ¹.

Por compensación, establecido el astillero de la Habana con gradas y almacenes, como fruto de las disposiciones de Patiño, cayó al agua el navío *San Cristóbal*, de 70 cañones, dirigido por el constructor D. Juan de Acosta, y se prepararon materiales con que seguir la fábrica, impulsada también por el ministro Campillo con la institución de la Compañía comercial de aquella ciudad (1740), entre cuyas obligaciones entraban la de construir bajeles para la marina de guerra y mercante, abastecer á las flotas que fondearan en el puerto y sostener 10 embarcaciones armadas que se ocuparan en perseguir el contrabando y conducir á Cádiz productos del país.

Pero antes de que se constituyera, el disgusto de los mercaderes ingleses hizo sonar la hora del examen de sus procedimientos, que practicados debajo de las seguridades de la correspondencia y de la paz, venían siendo más crueles y más sensibles para España que los de la guerra ².

¹ Se guarda en la Academia de la Historia, Est. 27, gr. 2, E. 29, fol. 176, manuscrita, *Relacion compasiva de la salida de la flota perdida, del jefe de escuadra don Rodrigo de Torres, caballero del habito de San Juan*; otra más pretenciosa, impresa, existe en la biblioteca particular de S. M. el Rey, con título de *Tríaca producida de un veneno. Naufragio de española flota. Poema que dedica á la católica, sacra, real magestad de nuestra señora Doña Isabel Farnesio (que Dios guarde), gloriosísima reina de las Españas y emperatriz de las Indias, por mano del Excmo. Señor Don Joseph Patiño, comendador de Alcaesca en el orden de Santiago, caballero del insigne orden de Toison de oro, del Consejo de Estado de su Magestad, gobernador del de Hacienda y sus tribunales, etc. Su author Don Joseph Ignacio de Toca Velasco*. Con licencia en Madrid. En la imprenta de Joachin Sanchez. Año M.D.C.XXXIV. En 4.º, 60 páginas y cxx octavas precedidas de las licencias, dedicatoria, tasa y elogios del autor. Entre las dos relaciones hay diferencia en la apreciación de naves y hombres, y según la última, iban con la flota los navios de á 60 cañones, *Rubi*, capitana; *Gallo*, almiranta; *Infanta* y *Africa*; siendo los mercantes, *San Pedro*, *San Francisco*, *San Ignacio*, *El Sueco*, *Aviso*, *San José*, *Tres puentes*, *San Felipe*, *Rosario*, *Poder*, *Carmen*, *Belén*, *Pingue*, *Angustias*, *San Fernando*, la fragata *Floridana* y una balandra. Se perdieron, la Almiranta, *San Francisco*, *Poder*, *El Sueco*, *San Fernando*, *San Felipe* y *Angustias*, en cayo Viboras; *Infante* y *San José*, en cayo Largo; *Tres puentes* y *Carmen*, en cayo Matacumbe; *San Pedro* y *Rosario*, en el cayuelo de Matanzas; *San Ignacio*, en cayo Vacas; *Aviso* y *Pingue*, en los Mártires; la *Floridana* zozobró. Con los auxilios enviados de la Habana se recogió la gente, se salvó alguna plata y se quemaron los 15 navíos perdidos.

² Don Dionisio de Alsedo hizo en el *Aviso histórico* demostración de los daños causados por la mala fe en el uso del *Asiento* y negociación del *Permiso*, y relató



Antes también que ésta se declarara había salido el vicealmirante Véron en dirección de las Antillas con instrucciones y plan para la que en aquellos mares se proponía reñir su nación, sin curarse mucho de formalidades, conociéndose en que el 22 de Octubre de 1739, un día antes de que en Londres se publicara la declaración, y un mes por lo menos de que pudiera llegar la nueva á América, se metieron como por sorpresa en el puerto de la Guaira tres navíos de 60 y 70 cañones, y se pusieron á batir el lugar, encontrando tan seria resistencia, que, pasadas tres horas de cañoneo, se largaron con no poco daño, especialmente la capitana, que picó el cable abandonándolo con el ancla respectiva ¹.

Casi al mismo tiempo se llegó ante el puerto de la Habana el comodoro Brown con otros seis navíos, cruzando á la vista y dando caza á las embarcaciones de la costa, de las que capturó á la fragata *Bizarra* y á una balandra cabotera, entendiéndose á seguida en descargar la artillería contra el castillejo de Cojimar y en reconocer los fondeaderos de Bacuranao, Jaruco y Bahía-Honda, donde se le tomaron algunos prisioneros con una lancha ².

Vernon se encaminó en el mes de Noviembre á Portobello, con seis navíos de línea, embocando la bahía, defendida por un castillo en el interior y dos fuertes en la boca. Sobre el principal de éstos rompió el fuego, y apagando los de la batería baja hizo desembarco de gente, que la asaltó y rindió á la guarnición, compuesta de 35 soldados y 5 oficiales. La escuadra presentó entonces al castillo de la Gloria los costa-

los medios inmorales empleados por los factores ingleses, que al fin acudieron al de armar en guerra balandras que atacaban á los odiados guardacostas, ensañándose con la tripulación si conseguían vencerla, de lo que hubo casos.

«España, escribió Campbell, tenía mucha razón al mostrarse descontenta del comercio ilícito que hacían los ingleses en las Indias occidentales; pero si en vez de guardar sus costas con buques armados se hubieran quejado al Ministro inglés y éste hubiera adoptado medidas efectivas prohibiéndolo por consecuencia de la reclamación, no se alterara la buena armonía y siguiera sir Roberto Walpole siendo primer ministro.»

Véase el apéndice al capítulo anterior á éste.

¹ *Gaceta de Madrid*.—*Historial de la Compañía guipuzcoana de Caracas*.

² Cartas del Gobernador de la Habana, en el Archivo de Indias.—Pezuela, *Historia de Cuba*.



dos, cañoneando dos días, al cabo de los cuales solicitó capitulación el Gobernador, con menos defensa de la que pudiera hacer, á juicio de los enemigos, porque disponía en diversas baterías de 40 cañones de bronce y 80 de hierro; pero eran muy escasas las tropas con que contaba, según nuestras cartas y relaciones ¹, y habiendo ordenado sacar de la ciudad al campo los objetos de valor, estimó honrosa la salida libre con las fórmulas de la guerra, comprendiendo á las tripulaciones de dos guardacostas de á 20 cañones estacionados en el puerto ².

Los conquistadores permanecieron tres semanas en la ciudad, ocupados en volar ó demoler las fortificaciones. Embarcaron la artillería de bronce; distribuyeron 10.000 pesos hallados en las arcas reales y enviaron á la patria relación que llenó de júbilo al pueblo y de satisfacción al Parlamento, por lo que da á entender el mensaje congratulatorio, estimando la acción como castigo de parte ofendida á la insolencia de los españoles ³.

Vernon emprendió en Febrero de 1740 nueva jornada, empezando por bombardear á la ciudad de Cartagena desde la mar. Continuó hasta el río Chagre, en cuya boca había un castillejo con cuatro piezas y 30 hombres de guarnición; sin embargo, mereció la honra de un furioso bombardeo; de las andanadas de tres de los mayores navíos durante dos días, y lo que es más, de una capitulación en virtud de la cual se retiraron los defensores, firmada por el Almirante, sin duda, por estar dentro del río dos guardacostas, objeto principal del rencor de los ingleses ⁴.

¹ *Gaceta de Madrid.—Coloquio de Aristo y de Timandro sobre los principales sucesos del año de 1741. Con privilegio en Madrid. Año de M.DCCXLI, 36 páginas en 4.^o*

² Campbell insertó en su historia naval los *Artículos de la capitulación concedida por el caballero Eduardo Vernon, vicealmirante y comandante en jefe de la Armada de S. M. B. en las Indias occidentales y por el comodoro Brown, á D. Francisco Martínez de Retes, gobernador de Porto-Bello, y á D. Francisco de Abarca, comandante de los guardacostas de la misma plaza el 22 de Noviembre de 1739.*

³ Campbell.

⁴ *Gaceta de Madrid.—Coloquio de Aristo y de Timandro.*—Campbell copió también la capitulación otorgada á D. Juan Carlos Gutiérrez de Zevallos, capitán de infantería gobernador del fuerte, diciendo: «The castle mounted only eleven brass can-



Menos bien les resultó la entrada en la Florida, contra la ciudad de San Agustín, del gobernador de la Carolina, Oglethorpe, con un cuerpo de 1.000 soldados veteranos y otro de 1.200 indios, apoyados por la escuadrilla del comodoro Vicent Pearce, compuesta de una fragata de 44 cañones, cuatro de 20 y cinco buques menores de 8 y 6 piezas. El gobernador español D. Manuel Montiano contaba con el auxilio de seis piraguas ó medio galeras, que situadas entre los bajos hicieron muy buen servicio. En ataque nocturno mató al enemigo un coronel, siete oficiales y 100 soldados; se hizo dueño de la artillería, una bandera, prisioneros, caballos y armas, desordenando al resto en huida hacia su colonia ¹.

Volviendo á las operaciones del Almirante, repuesta y reforzada que hubo la escuadra en Jamaica hasta el número de 57 bajeles, se estableció en crucero desde Matanzas á Bahía-Honda, en Cuba, esperando dar vista á la flota de Nueva España y navíos de D. Rodrigo de Torres que la escoltaban, para lo que extendía el radio de sus descubridores. Gastó en el intento dos meses, sin poder reponer la aguada en ninguna de las calas de la isla, que estaban guardadas por la milicia; así que se vió en la precisión de volver á Jamaica en el mes de Septiembre, pocos días antes que Torres llegara á la Habana en salvo con caudales ².

Las autoridades españolas acudieron al recurso mismo que las de la Península: en todos los puertos principales se armaron buques (en Cuba más de 30), que apoyados por los guardacostas y por ocho navíos de guerra que de real orden despachó la Compañía guipuzcoana de Caracas, inquietaron al enemigo en sus posesiones é hicieron considerable número de presas, lastimándole en el comercio.

Cabría decir, con todo, ser guerra galana aquélla, mientras

non and as many pattereroes. Nevertheless it sustained a furious bombardment, and a continued cannonade from three of the largest ships in the fleet, till the morning of the 24 th. when the garrison surrendered.»

¹ *Gaceta de Madrid*. — *Coloquio de Aristo y de Timandro*. — Pezuela, *Historia de Cuba*.

² Cartas del Gobernador al Ministro Campillo. — Archivo de Indias. — Pezuela, *Historia de Cuba*.



no se notaron las proporciones con que Inglaterra iba á ensancharla, al poner á la vela hacia las Antillas al almirante Chaloner Ogle con nueva escuadra de 21 navíos de línea y convoy ascendente á 170 embarcaciones, conductor de un cuerpo de ejército á las órdenes de lord Cathcart ¹, al paso que para la mar del Sur salía el comodoro Anson con otros cinco navíos.

¿Dónde descargaría el nublado? En todas las plazas americanas de consideración se temía; en las del centro con más probabilidad, recordando los antiguos planes de la Gran Bretaña para apoderarse del istmo de Panamá, cortar en dos partes los dominios españoles, privarlas de comunicación y extender por una y otra el despojo. La obra había comenzado en Portobello y Chagre; cuando estuvieran en el Pacífico las fuerzas de Anson, era lógica la presunción de ataque simultáneo por las aguas del Sur y del Norte.

Se despejó la primera incógnita el 15 de Marzo de 1741 al ver desde Cartagena la inmensa flota, que se acercaba en número de 135 velas, las 36 navíos; las demás transportes, burlotes y bombardas. Todas fondearon en la ensenada de Canoas.

Había muerto poco antes el gobernador de la plaza, personándose en ella el virrey del Nuevo reino de Granada, D. Sebastián de Eslava, y en la bahía se hallaba D. Blas de Lezo, comandante general del Apostadero de Marina, con seis navíos de línea. Ambos jefes prepararon la defensa empleando los recursos de que disponían, consistentes en 1.100 hombres de tropa regular, 300 milicianos, dos compañías de negros libres y 600 indios flecheros. Lezo situó sus navíos en dos líneas, cubriendo la llamada Boca Chica del puerto, reforzó con marinería y artilleros los castillos, y tendió cadena que cerrara el acceso á los brulotes, utilizando la inacción y tiempo perdido por los enemigos en reconocimientos.

El día 20 dos navíos grandes, colocados á medio tiro de fusil de las baterías de Santiago y San Felipe, rompieron un

¹ Campbell.



fuego tan nutrido, que las destruyeron en pocas horas, y lo mismo hicieron otros contra los fuertes de San Luis y San José. Ocho regimientos de Infantería, desembarcados bajo la protección de estos fuegos, acamparon en las inmediaciones, al mando del general Wentworth, en sustitución de lord Cathcart, muerto durante el viaje, y establecieron una batería de 20 cañones de á 24 y otra de 12 morteros, con que incomodaron mucho al de San Luis, llave del puerto, en combinación con las bombardas, que no cesaban día y noche en arrojar sus proyectiles. El empeño de los ingleses se concentraba en apoderarse de este castillo y forzar el puerto; el de Lezo en estorbarlo, para lo que establecía de noche baterías de fajina contra las enemigas, restauraba los parapetos destruidos y cubría las bajas con la gente de su escuadra, sin dejar ésta de ofender con los cañones.

Aunque la plaza dista de Boca Chica ocho millas, solía venir de noche el Virrey á conferenciar con Lezo sobre las disposiciones, y hallándose ambos á bordo el 4 de Abril, fueron heridos por los cascós ó astillazos; Eslava en una pierna y Lezo en un muslo y en la mano única. Acababan de decidir el abandono del castillo, convencidos de no poder sostenerlo más tiempo, y así se ejecutó el día inmediato, recogiendo la gente hacia la plaza con algún desorden, que se comunicó á las tripulaciones de los navíos, sin que pudiera contenerlas el General, una vez dada la orden de echarlos á fondo para obstruir el canal. En la precipitación con que verificaban la faena prendieron fuego á una embarcación en que había 60 barriles de pólvora; las llamas invadieron al *San Felipe* y *África*, que volaron, sin llegar al *Galicia*, Capitana, al cual abordaron lanchas inglesas teniendo á bordo todavía 60 hombres, que quedaron prisioneros. La defensa se había prolongado veintiún días en continuo batallar.

Retirado Lezo á la ciudad con las armas y pertrechos que se pudieron salvar en las embarcaciones menores, procedió á cubrir la angostura que dentro de la bahía forman las puntas en que estaban emplazados el castillo grande y la batería de Manzanillo. Quedábanle los dos navíos *Dragón* y



Conquistador, que fondeó en el canal, con orden de afondarlos en último caso, así como las naves mercantes del puerto, para cerrarlo y evitar la aproximación de la escuadra enemiga á la ciudad, y distribuyó la gente de los otros navíos destruidos en las baterías de tierra, que no pudieron detener á los invasores: los dos castillos cayeron en sus manos.

Conseguido el segundo triunfo, despachó el almirante Vernon un bajel ligero para Londres, dando por segura la conquista y posesión del emporio de las Indias, nueva que causó en Inglaterra frenética alegría ¹, un tanto anticipada, en verdad. Cuando los marineros desembarazaron el paso, navíos y bombardas batieron la ciudad, y aun se sirvieron de la capitana *Galicia*, apresada, convirtiéndola en flotante avanzada. Del 12 al 20 de Abril dispararon sin interrupción y con efecto que les pareció suficiente para dar el asalto. Acometieron, pues, al amanecer este día, con 1.200 granaderos, al cerro y castillo dominante de San Lázaro, donde había 250 soldados de marina y de los regimientos de Aragón y de España, y tan serenos dispararon sus armas, que á las siete de la mañana huían los asaltantes abandonando escalas, fusiles y efectos, y dejando la quebrada por donde atacaron cubierta de muertos y heridos. Eslava aprovechó el momento con una salida de tropas que tomaron por la espalda á los ingleses, haciendo la jornada decisiva.

El mismo día enviaron parlamento los generales de mar y tierra pidiendo suspensión de armas para recoger sus heridos, de los cuales se habían llevado á la ciudad más de 1.000. En los cinco días siguientes aparentaron perseverar en el sitio, temiendo oposición á los preparativos de abandono; pero el 27 se notaron señales ciertas de la retirada: las bombardas se unieron á los navíos; empezaron á reembarcar efectos, desalojaron los puntos ocupados, y sucesivamente fueron saliendo de la bahía sus naves, después de quemar las que se les inutilizaron, así como el navío *Galicia*, y de minar ó

¹ Campbell.



demoler los fuertes de que se habían apoderado. El 20 de Mayo desaparecieron del todo.

Según los datos consignados en el diario del general Lezo, dispararon durante el sitio 6.068 bombas y más de 18.000 balas de cañón, y por los demás recogidos, perdieron por combate y enfermedades 9.000 hombres; tuvieron que incendiar seis navíos y otros 17 quedaron con necesidad de grandes reparos para poder servir; es decir, experimentaron un desastre disculpado por sus generales con la imprevisión de otros, con la desavenencia entre sí, con la indisciplina de los soldados, con el clima, con las enfermedades; eterna historia de los malos sucesos. El éxito la obliga ordinariamente á escribir de otra manera que eclipsa todos estos por menores.

Por otra parte, en la función, que es de las más honrosas de nuestras armas por los medios de defensa comparados con los de ataque, no pasó la baja de 600 muertos, si bien después inapreciable fué la pérdida del general Lezo á resulta de las heridas ¹.

Tanto como fué delirante en la Gran Bretaña el entusiasmo producido por los despachos prematuros del almirante Vernon, tanto el efecto reactivo de la derrota desató la indignación contra el Ministerio y contra los promovedores de la guerra, que ya á muchos pesaba. Sin duda contribuyó á la tensión de los espíritus la mala idea inspirada por la presunción y por la arrogancia de erigir á la futura victoria, por tan segura se tenía, monumento que se convertía en látigo de la soberbia.

¹ Murió en Cartagena el 7 de Septiembre. El Rey honró justamente su memoria concediendo el título de marqués de Ovieco á sus descendientes. Del sitio, como tan señalado, dió cuenta la *Gaceta de Madrid*, y separadamente se publicaron diarios y relaciones oficiales y particulares. De él trató asimismo el citado escrito contemporáneo *Coloquio de Aristo y de Timandro*, y más tarde D. Martín Fernández de Navarrete en el *Estado general de la Armada* para 1829. En los apéndices á este capítulo puede verse la carta con que Lezo remitió su diario. Existe en la biblioteca particular de S. M. el Rey, manuscrita é inédita, una relación de D. Dionisio de Alsedo, titulada: *Sorpresa y toma de Portobelo por el almirante Vernon, año de 1739, y sitio de la plaza y puerto de Cartagena por el mismo Vernon, año de 1741*. Signatura 2. L. 4.



Se acuñó en Londres una serie de medallas de bronce con que, á la vez que se exaltaba el heroísmo de los marinos británicos, se quería humillar á los de España. En el anverso de algunas aparecía D. Blas de Lezo de rodillas presentando su espada al almirante Vernon, que en pie la recibía, esgrimiendo la suya en actitud amenazadora, leyéndose entre ambas figuras: *Don Blas.—El orgullo español abatido por el almirante Vernon.* En el reverso, repetido el nombre de *Don Blas*, la ciudad y puerto de Cartagena de Indias, cuya boca cierra una cadena, y navíos ingleses disponiéndose á romperla; en la orla, leyenda: *Verdaderos héroes ingleses tomaron á Cartagena. Abril, 1741.* En otras ¹, con menos digna intención, se ridiculizaba al mutilado militar, en quien tenía aplicación la sentencia de otro manco insigne ²: «Las heridas recibidas por la patria son como estrellas que guían á los demás al cielo de la honra y al desear la justa alabanza.» No sospechaban los inventores de tan inconveniente demostración, hecha en nombre de un pueblo culto y valeroso, que manco y tuerto el almirante Nelson, llegaría á ser una de las figuras radiantes de su historia; no presumían, no, que las medallas llegaran á ser perpetuo testimonio del mérito de Lezo, suministrado por sus enemigos.

Vuelta al relato. Los generales ingleses tuvieron en Jamaica consejo de guerra con objeto de determinar el plan de operaciones sucesivas, decidiendo por mayoría de votos encaminarlas á la conquista de la isla de Cuba, que no les pareció difícil, empezando la invasión por la parte oriental. Aprestaron en consecuencia nueve navíos, dos de ellos de tres puentes y 80 cañones; 12 fragatas y 40 transportes, en

¹ He visto en las colecciones numismáticas hasta once de cuño distinto, y no son todas, en opinión de persona inteligente. En unas, el busto de Vernon aparece con la frase parodiada *I Came, I Saw, I Conquered*, que para el caso tiene que interpretarse necesariamente: *Llegué, Vi, Me vencieron.* En casi todas se repiten los conceptos *The Spanish pride pulled down by admiral Vernon*, ó *The pride of Spain humbled by ad. Vernon*, y las de *True british heroes took Cartagena. Non more ready.—:more brave.* Hay una en que, bajo la efigie de Vernon, se lee: *Quien tomó á Portobelo con sólo seis navíos, Noviembre 22 de 1739.* Las más tengo descritas en las *Disquisiciones náuticas.* Tomo 1, págs. 376 á 382.

² Cervantes.



que embarcaron 2.400 soldados europeos y 1.000 negros. El objetivo era la ciudad de Santiago, segunda en importancia; mas siendo dificultoso el acceso de su puerto, se dirigieron á la hermosa bahía de Guantánamo con propósito de marchar desde allí por el interior y sorprender á la población.

El almirante Vernon, pronto olvidadizo de la ocurrencia de Cartagena, tan luego como hubo fortificado la boca de la bahía con obras de campaña, cambió el nombre indígena por el de *Cumberland harbour* ¹, en honra del hermano del rey Jorge II: acampó la tropa cómodamente, al parecer, en los días primeros del mes de Agosto (1741), con ligera oposición de los naturales, ocupantes de varios caseríos, que tuvieron que retirarse al interior; mas así que el general Wentworth emprendió la marcha hacia Santiago entre espesa maleza, le hostigaron partidas formadas en los pueblos inmediatos, cortando las veredas, emboscándose en los barrancos, tiroteando sin ser vistas, haciendo resistencia ante la cual retrocedió el ejército extenuado por el calor y el cansancio, desgarradas las ropas y aligerados los hombres de cuanto llevaban de peso. Doloroso desengaño, amargado doblemente con la llegada de tropas veteranas desde Santiago, Bayamo, Puerto Principe y Sancti Spíritus; pero sin ellas, y más que las balas, affigieron á los ingleses el ardor del sol, los mosquitos y las calenturas, causándoles merma más que suficiente para constreñirles al reembarco el 20 de Noviembre ².

En el tiempo que duró la invasión estuvo en el puerto de la Habana D. Rodrigo de Torres, terminado con felicidad el viaje de ida y vuelta de Santander con los caudales. Au-

¹ Campbell, de quien tomo estos datos, escribió con razón: «Pienso que en esto de poner nombres conviene andarse con pulso, no teniendo perfecta seguridad de confirmarlos, porque en otro caso servirán tan sólo de memorándum de la derrota.» Pezuela, *Historia de Cuba*, eleva á 5.000 el número de los soldados ingleses que desembarcaron.

² «Así acabó la *conquista* de la isla de Cuba.» Campbell.—Pezuela publicó por apéndice de su obra (t. II, pág. 578) *Extracto hecho en el Ministerio de la relación comunicada por el Capitán general de Cuba al Gobierno en 26 de Agosto de 1741, sobre el desembarco de la escuadra inglesa de Vernon en la bahía de Guantánamo.*



mentó su escuadra con el navio *Invencible*, construido en el astillero americano con excelente planta, honrándolo con la insignia de su mando y con riesgo de su vida. El 30 de Junio por la tarde descargó una de las turbonadas que frecuentemente conmueven la atmósfera en verano, y cayendo un rayo en el palo mayor produjo incendio rápido, que llegó al depósito de la pólvora. Voló en astillas el hermoso vaso antes de estrenarse en la mar, teniéndose por fortuna que no ocasionara más que 16 muertos y 21 heridos en la tripulación¹.

Hacia el Sur hubo en estos tiempos empresa no realizada. Reconocidos los perjuicios que ocasionaba la Colonia del Sacramento, ocupada por los portugueses, previno el Gobierno á D. Miguel de Salcedo, gobernador de Buenos Aires, que si contaba con elementos suficientes los desalojara desde luego, y en otro caso esperara la llegada de dos fragatas en que se le enviaría tropa. La primera recomendación que se le hacía era la de no emprender la jornada sin certeza de su buen resultado; mas no dejó á Salcedo la impaciencia que fijara la atención en ella: reuniendo unos 300 españoles y 4.000 indios tapes, pasó el Río corriendo el año 1735, sin esperar las fragatas, y se entretuvo en saquear caseríos, poniendo en guardia á los portugueses y dándoles tiempo para prevenir y fortificar la plaza, de manera que al llegar á ella no sólo reconoció ser insuficientes las fuerzas que llevaba para sitiarla, sino que serían pocas las que de España se le anunciaban.

En este estado estaban las cosas cuando llegaron las dos fragatas *Hermiona* y *San Esteban*, al mando de D. José de Arratia, y hubieron de abrirse paso contra la armada portuguesa, de nueve bajeles, que trataba de cerrarlo. En Marzo de 1737 las reforzó D. Nicolás Geraldín con otras tres fragatas, *Galga*, *Paloma*, *Rosario* y tres presas hechas durante la navegación; pero persuadido Salcedo de no tener remedio lo que malogró su precipitación, no quiso poner á prueba esta

¹ Carta oficial del Gobernador de la Habana, fecha en 30 de Junio de 1741, dando cuenta de la ocurrencia, publicada por Pezuela, *Historia de Cuba*, tomo 11, página 575.



escuadra, promoviendo con los jefes de marina cuestiones enojosas de resultas, que se prolongaron hasta el momento de recibir órdenes de suspensión de hostilidades ¹.

APÉNDICES AL CAPITULO XVI.

NÚMERO 1.

Toma de Portobelo por los ingleses.

El contralmirante D. Miguel Lobo ha sacado á luz, del Archivo de Indias, dos comunicaciones enviadas al Virrey del Perú por D. Juan José Rovina, por las que se descubre que la rendición de la plaza no merecía la fama que procuró al almirante Vernon en Inglaterra.

Cuando en Portobelo se tuvo noticia de la declaración de guerra y presencia en el mar de las Antillas de escuadra enemiga, no había en el Castillo de Todofierro artillería montada por falta de cureñas, y empezaron á construirse estando á la vista los navíos de Vernon.

«Aviváronse las cosas (dice el despacho) con tal tropeía y desgüeño, como que no había cabeza allí que mandase, porque D. Francisco Javier Martínez de la Vega y Retes, gobernador interino de aquel presidio, y al mismo tiempo castellano en ínter del Castillo de Todofierro, es sumamente inhábil para semejantes empleos, de cortísimo talento y cobarde espíritu, y sólo tiene la señal de hombre en los signos demostrativos de la naturaleza; y los guardacostas se desarmaron para armar los castillos de todos sus utensilios y gente, pues sólo en el de Todofierro metieron con un valiente oficial, D. Francisco Garganta, 90 hombres, los 54 soldados de Marina con sus fusiles, y los restantes para el manejo de la poca artillería que había montada de los 32 cañones de la batería de dicho castillo, y se redujo ésta á nueve piezas, que dos de ellas se vinieron al suelo al

¹ *Breve, arreglado manifiesto de lo ocurrido en la expedición de la Colonia del Sacramento, para que se entienda lo injustamente que padece D. Nicolás Geraldín, capitán de navío de la Real Armada, la prisión en que se halla y los agravios que en todo el tiempo de la citada expedición se le han hecho sin otro fundado motivo que el haber siempre estado pronto al cumplimiento de su obligación y á lo importante al real servicio.* Ms. Academia de la Historia, Est. 26, gr. 4, D. núm. 90.



primer tiro, y las tres quedaron embarazadas é incapaces de manejarse luego que nos dió la descarga el primer navío que lo combatió, cayendo las ruinas del colgadizo de las casas sobre ellas, hiriendo y lastimando mucha gente, y quedó reducido el fuego que hacía á cuatro piezas, de las cuales la una, que habíamos montado aquella noche con una de las cureñas que allí se hicieron, como le faltasen los pernos correspondientes, y como hecha con tanta aceleración se descuadernó é incapacitó, y no obstante, llevó tres balazos á lumbre de agua la Almiranta, le matamos 14 hombres, le herimos 22, y una palanqueta le llevó el mastelero y verga de trinquete, que también le quebrantó éste, y otra bala le hizo grave daño en el combés, y este navío y el que se le siguió, sin duda se hubiesen echado á fondo, si el tal Gobernador hubiera enviado una vela de balandra, que repetidas veces se le pidió, para secar la pólvora, que estaba mojada en el almacén, por razón de la mucha humedad de aquel sitio; y si los tiros hubiesen sido con pólvora seca, es sin duda llevarían más violencia y que hubieran hecho mayor estrago; como lo es también el que no hubieran entrado si toda la artillería hubiera estado montada, porque se hubieran echado á pique dos ó tres, y los demás, á vista de esto, retrocedieran.

»Duró el combate desde la una del día hasta las cuatro y media de la tarde, que ya el castillo lo tenían cuasi arrasado, en cuyo tiempo fué desertando la gente, de suerte que no nos hallamos más que con once soldados de los guardacostas, que al tiempo de hacer los enemigos su desembarque en el muelle del mismo castillo dispararon sus once fusilazos y le mataron cuatro y le hirieron otros tres, y luego que dispararon se echaron á huir, subiéndose á los torrones, por donde pusieron, en una de las brechas que abrió la artillería enemiga en el último paredón que cae al monte, una escala los que antes habían desertado, por donde salieron, siendo los primeros los 36 hombres repartidos en las tres piezas que estaban en la Plaza de Armas y patín, porque no hubo fusiles con que armarlos luego que se imposibilitaron aquéllas, y porque ocho días antes sacó el Gobernador del Castillo 37, únicos que había de servicio en él, de los comprados á los factores ingleses, ó de los que cambió S. M. pocos meses há, y aunque quedaron más de ciento en la Sala de Armas, tres días antes se probaron por el teniente del Castillo y ninguno dió fuego, lo que así se representó al Gobernador, quien, el día antecedente al combate, envió al armero con unos fuelles para que templase los rastrillos, cuya falta pudo suplirse en tiempo, de los que se hallaban en la Sala de Armas de esta ciudad, adonde se trajeron de aquélla. Y habiendo salido yo por la brecha que los demás y caminado por la aspereza de aquellas



montañas á pie descalzo y desnudo, con imponderables fatigas, todo el resto de la noche, observé la torpeza de los que gobernaban el castillo de la Gloria, pues siendo la noche muy obscura, y que en aquella tarde, en varios cañonazos que de él dispararon al enemigo, debieron reconocer no llegaban con mucho trecho las balas donde estaban los navíos, no cesaron de disparar, consumiendo inútilmente la pólvora y dando motivo de risa al enemigo; y esto pendió de que el Gobernador, luego que tomado á Todofierro, desamparó la plaza y se metió en la Gloria; á su ejemplo, el único capitán pagado, D. Sebastián Vázquez Meléndez, que había en la plaza, desertó, y la poca gente que había quedado se fué al monte; pero el día antes, estando á vista la escuadra, en lo que se ejercitó el Gobernador fué en dar unas providencias como suyas; sacó seis hombres de la gente pagada, y un cabo, armados, y los despachó al monte para que custodiasen á su mujer, y me dijo el sargento mayor de milicias D. Juan Felipe de Salazar, que no le dejaba pasar gente de la de su cargo en la plaza, enviando á los montes varios destacamentos sin saber á qué; él dará razón cuando le hagan este cargo; en fin, cuando bajé á la playa del monte aquella mañana á ver si me deparaba Dios embarcación para pasar á Puertobelo á presentarme en el castillo de la Gloria, vi en él una bandera blanca arbolada: habiendo llegado á dicho castillo, supe que aquella noche se había hecho una junta de malísimas cabezas, y, no obstante, en ella se acordó que el día siguiente se hiciese fuego y se defendiesen hasta el último extremo, y que entonces se capitulase; pero el tal Gobernador, de natural pusilánime é infeliz, cogió esto de modo que mandó no se disparase más, y al romper el día envió á proponer la entrega del castillo al enemigo, con unas capitulaciones tan diminutas y faltas de expresión, que nos concedieron los enemigos aún más de lo que le pedimos, como el mismo General lo expresa en una de las copias de carta que incluyo á V. E., y que escribió á este Presidente (de Panamá). Y siendo una de las cosas que capituló que habían de salir del castillo los soldados con banderas desplegadas y con sus fusiles, á toque de tambor y con dos piezas de artillería, no tuvo capacidad para ejecutar este acto ni sacar del castillo las dos piezas que también habían de llevar consigo, si no es que se entregaron, como unos negros, á mi vista, entrando los ingleses en él en toda forma militar, y nosotros saliendo en tropa como un amontonado de brutos. Y en diez días que corrieron después hasta mi salida de Puertobelo, no tuvo actividad de sacar sus dos piezas, con que se embarcaron todas las de bronce, dejando sólo dos de fierro en él, haciendo desprecio el inglés de aquel pueblo, con conocimiento del que lo regía, sin más circunstancias ni experiencias militares y sostenido sólo de la autoridad del Sr. Presidente.....



»Este castillo de la Gloria se entregó infamemente, porque la media legua que hay desde el de Todofierro á Puertovelo habían de haberla entrado los enemigos por sus anclas espiándose, respecto á que el viento les había de haber sido contrario, porque estaba constante y entablada la brisa, sin grave dificultad y riesgo suyo, y precisamente la insigne artillería de bronce y mucha de crecidos calibres montada, y 600 hombres que encerraba de los guardacostas y del castillo, les había de haber hecho muy dificultosa su toma y recibido grave daño antes. El de Don Jerónimo no disparó un solo tiro, porque tenía desmontada toda su artillería, sin cureñas.

»Luego que se hizo señor de los castillos el enemigo, los demolió con nuestra misma pólvora, y la artillería de fierro la clavó, quebró los muñones y arrojó al mar. Queda esto ahora en quietud por haberse hecho á la vela la escuadra enemiga el día 24 de este con las dos fragatas y el paquebot de S. M., guardacostas y otros tres navíos de guerra que le llegaron de Puertoyelo á los seis días después del asedio. Quiera Dios no vuelvan á cogernos de sorpresa, y para paliar la mala entrega del castillo de la Gloria, conducta, negligencia y desprecio que ha ocasionado esta ruina, dicen, entre otras cosas, que no tenía más de cuarenta tiros de pólvora, lo que es falso, porque había en él más de doscientos quintales, y los guardacostas metieron también 40 por ser ésta más fina, y los tiros que disparó aquella noche hasta las dos de la mañana no pasarían de veinte. Y este y los demás hechos, operaciones y procedimientos practicados en esta ocasión por los ministros y oficiales, me persuaden sobrado motivo á que S. M. tome aquellas providencias que son consiguientes á su más exacta averiguación..... Panamá y Diciembre 29 de 1739.—Excmo. Sr.—B. L. M. de V. M. su más rendido servidor, D. Juan Joseph Rovina. —Excelentísimo Sr. Marqués de Villa García, mi señor.

Relación de la jornada de Portobelo, según las «*Naval and Military Memoirs of Great Britain from 1727 to 1783 by Robert Beatson, Esq.*» London, 1804. Tomo 1, páginas 46 á 53.

El almirante Vernon llevó á la empresa seis buques de alto porte, entre ellos varios de línea. Comenzó el ataque á cosa de las dos de la tarde del 21 de Noviembre de 1739, batiendo á muy corta distancia el castillo de Hierro, que era el de la entrada, y aun cuando su certero y vivo fuego recibió buena contestación durante algún tiempo, la tropa que guarnecía las baterías bajas fué ahuyentada por el fusil que desde las cofas de los buques se les hacía. Entonces el Almirante, que de antemano había hecho



se reuniesen por su costado de fuera botes con gente de todos los buques, la hizo desembarcar, abandonándolo sus defensores.

Cuando al día siguiente se disponía Vernon á atacar los dos interiores del puerto, llamados la Gloria y San Jerónimo, que no habían recibido daño alguno en razón á no haber permitido el viento que se acercasen á ellos los buques para atacarlos, el Gobernador pidió capitular, y no habiendo el Almirante enemigo aceptado las condiciones que le propuso, se sometió aquél á las que él le dictó. En cuya virtud fué entregada la plaza, quedando prisionera la guarnición; estipulándose que no sería saqueada la ciudad y que sus habitantes no serían molestados; condiciones ambas cumplidas por el jefe enemigo, más que todo, por el deseo de disipar la idea generalizada en aquellos países, y justificada por depredaciones anteriores, de que la principal mira de los ingleses era el saqueo y robo.

El provecho de los asaltantes consistió en 40 cañones de bronce, dos piezas de campaña, cuatro morteros y 18 pedreros, ó cosa parecida, también de bronce. De dinero, sólo encontraron 10.000 pesos fuertes que estaban destinados á las atenciones del personal de la guarnición. Antes de abandonar el puerto fueron volados los tres castillos.

Las pérdidas ocurridas en la escuadra inglesa, dice Mr. Laird Clowes (*The Royal Navy*, t. III, pág. 57), parecen increíbles: los navíos *Burford* y *Worcester* tuvieron tres muertos y cinco heridos, y el *Hampton Court* un herido grave. Por este dato se puede juzgar lo que fué la defensa de la plaza.

NÚMERO 2.

Relación del ataque á Cartagena de Indias, tomada de las «*Naval and Military Memoirs of Great Britain from 1727 to 1783*», by Robert Beatson. London, 1804. Traducción del contraalmirante D. Miguel Lobo.

Celebróse en Jamaica Consejo de guerra compuesto de los almirantes Vernon y Chaloner Ogle, de los generales Wentworth y Guise, y del gobernador Trelawney, quien, según orden del Gobierno de la Metrópoli, debía formar parte del Consejo siempre que pudiera concurrir personalmente. En consecuencia de los datos que tuvieron á la vista, resolvieron por unanimidad dirigirse á barlovento con el total de las fuerzas para observar los movimientos de la escuadra francesa, mandada por el marqués de Autin, que había permanecido algún tiempo en Puerto Luis, isla es-



pañola, y que el capitán Daudridge fuese destacado con el buque *Wolf* para adquirir noticias. El Vicealmirante formó tres divisiones de su escuadra, confiando el mando de la tercera al capitán Lestock, como más antiguo de su clase, haciéndole comodoro. Desplegóse toda actividad por parte de los oficiales de la Armada, y también de los del Ejército, á fin de ponerse en movimiento lo más pronto posible; y como era estrecha la entrada del puerto, el Vicealmirante, á fin de evitar los accidentes que sobrevendrían de salir á un tiempo tan numerosa flota, dispuso que sólo una división lo verificase en un mismo día, así como que la última en verificarlo fuese la de transportes, que llevaba á sus bordos las tropas, y cuya dirección puso á cargo de los capitanes de navío Douglas y Cheland.

Designóse como primer punto de reunión el extremo oriental de la isla, y como segundo (que iba sellado) el cabo Tiburón, en la isla Española. La división al comando de Sir Chaloner Ogle salió el 22, siguiéndola al otro día la del comodoro Lestock. No pudo verificarlo hasta el 26 la que á su inmediato cargo llevaba el vicealmirante Vernon, y habiendo calmado poco después el viento, se sotaventeó tanto la *Augusta*, que al largar el ancla dió desgraciadamente sobre un bajo que tenía por la popa, escupió el timón y empezó á hacer tanta agua, que fué preciso mandarle regresar á Kingston para que se reparase. Lo contrario del viento retardó hasta el 28 la reunión del Vicealmirante con el resto de la escuadra. Al siguiente día se incorporaron los transportes, y poniéndose toda ella en derrota, hallóse el 8 de Febrero sobre cabo Tiburón. En estas aguas se incorporó el *Wolf*, cuyo Comandante notificó al Almirante que había visto dentro del Puerto Luis hasta 19 buques grandes, uno de los cuales arbolaba insignia en el tope mayor, y otro un gallardetón, con lo que el Vicealmirante hizo llamar á su bordo á los oficiales generales, á quienes participó la noticia, resolviéndose en consecuencia de ello á hacer rumbo á isla Vaca, á fin de observar los movimientos de los franceses y averiguar su fuerza é intentos.

El 12 era cuando llegó la escuadra á la altura de aquella isla, que sólo dista dos leguas del expresado puerto. Vióse entonces que el capitán Douglas se había equivocado, pues los buques por él vistos eran mercantes desaparejados, excepto una fragata grande, cuyo palo mayor, enfilado con la parte superior de una casa pintada de blanco, ocasionó la equivocación respecto á la insignia.

El 15 envió el almirante Vernon á los capitanes de navío Knowles y Boscawen para decirle al Gobernador que las fuertes brisas habían obligado á su escuadra á entrar en la bahía, y para suplicarle le facilitase leña



y agua. Aquel funcionario contestó muy cortésmente á la petición, y los expresados oficiales trajeron la noticia de haber salido para Europa la escuadra del marqués de Autin, noticia confirmada muy poco después por la llegada del capitán de navío Bentone, quien dijo haberse verificado la salida el 26 de Enero. Súpose más tarde que aquel Almirante había anticipado su salida á causa de la imposibilidad de proveerse de víveres en Puerto Luis. Durante el viaje perdió mucha gente y llegó á Francia en el estado más deplorable.

Celebróse entonces otra junta de guerra para determinar el punto que debía ser atacado por las fuerzas reunidas. Como se confiaba mucho en el conocimiento que tenía el almirante Vernon respecto á la del enemigo y á la importancia de sus establecimientos en las Indias Occidentales, la Junta estuvo unánime en la opinión de que, después de tomar agua y leña en las bahías de Ivos, Tiburón y Doña María, se dirigieran todas las fuerzas contra la ciudad de Cartagena. Al dar el 25 la vela el vicealmirante Vernon con toda su flota, constaba ésta de 124 buques. El *Wermouth*, el *Experiment* y la corbeta *Spence* fueron destacados para que, bajo las órdenes del capitán de navío Knowles, sondeasen la costa cercana á Cartagena, á fin de buscar un fondeadero seguro para la escuadra.

En la caída de la tarde del 4 de Marzo largó el ancla el Vicealmirante con el total de las fuerzas en la bahía de Playa Grande, á barlovento de Cartagena, entre ésta y Punta Canoa. Á fin de distraer al enemigo y producirle todo el trabajo posible, se mandó que los buques pequeños fondeasen en línea, todo lo más cerca de tierra que su seguridad les permitiese, con objeto de hacer creer que esta maniobra tenía el de cubrir el desembarco de las tropas. Logróse el intento, pues el enemigo acudió hacia aquella parte de la costa y atrincheró en ella una porción considerable de tropas.

El Gobernador de Cartagena hizo cuanto le fué posible para contrarrestar nuestros intentos de rendir la ciudad, en lo cual fué bien secundado por D. Blas Lezo, comandante de la escuadra española dejada en aquellas aguas por D. Rodrigo de Torres al salir para la Habana. La guarnición consistía en 4.000 hombres, sin contar negros é indios.

Al propio tiempo que los almirantes, oficiales generales é ingenieros se ocupaban en reconocer la plaza y buscar el sitio más adecuado para el desembarco, los capitanes de navío Knowles, Laws, Cooper y Bentone sondaban toda la costa á fin de ver á qué distancia podrían atracarla los buques grandes para atacar los fuertes y baterías y para proteger el desembarco de sus tropas. Con arreglo á los datos por ellos adquiridos, se tomaron disposiciones para esa operación, y se convino en que á la mañana



siguiente se trasladaría Sir Chaloner Ogle con su división á la boca del puerto, y que el *Norfolk*, el *Shrewsbury* y el *Russel* irían á batir el fuerte de Santiago y San Felipe, mientras que la *Princess Amelia* haría lo propio con la pequeña batería de Chamba, y que asimismo, á la señal convenida, los granaderos de ejército, sostenidos por una brigada de Infantería, mandada por el brigadier general Guise y por el coronel Wolf, intentarían el desembarco.

En las primeras horas de la mañana del 9 arboló su insignia Sir Chaloner Ogle en el *Fersey*, y con el general Wentworth á su bordo, se dirigió con su división á verificar el ataque que se le tenía encomendado. Siguióle poco después el Vicealmirante con la suya, acompañado de los transportes que llevaban las tropas, prontas éstas á desembarcar en el momento de hecha la señal. La tercera división, mandada por el comodoro Lestock, quedó fondeada, y para distraer al enemigo cuanto fué posible se transbordaron los granaderos á los cañoneros y buques pequeños fondeados cerca de tierra, los cuales, después de causarle diversión durante algún tiempo, recibieron orden de seguir al Vicealmirante y de estar listos para desembarcar en el sitio señalado.

Al paso de los buques por delante de la batería de Chamba abrió ésta el fuego, pero la *Princess Amelia*, que ya estaba en su sitio, no tardó en apagarlo. El enemigo nos ahorró molestias por su descuido en no artillar las baterías de faginas. Cerca de mediodía era cuando el *Norfolk*, el *Russel* y el *Shrewsbury* dejaron caer el ancla muy próximo á los fuertes de Santiago y San Felipe, abriendo desde luego contra ambos tan vigoroso fuego, que, no sólo les apagaron los suyos, sino que en el espacio de una hora quedaron tan completamente desmantelados, que sus defensores se vieron obligados á abandonarlos, y entonces, hecha la señal para el desembarco, el teniente coronel Cochrane se dirigió á tierra con cerca de 500 granaderos, desembarcó bajo los muros de los dos fuertes y tomó posesión de ellos sin sufrir ni un solo disparo. Acto continuo lo verificaron los generales Wentworth y Guise y el coronel Wolf con todos los soldados que habían llegado, pues el resto no había podido verificarlo á causa de lo fuerte de la brisa, y desembarcó al siguiente día.

Esta primera ventaja sólo costó seis hombres del *Norfolk* y *Russel*. No fué tan afortunado el *Shrewsbury*; como era el más al Sur de la línea, tuvo la desgracia de que una bala enemiga le cortase el cable antes de fondear, por lo que cayó á sotavento, y quedándole abierta la boca del puerto, se vió expuesto al terrible fuego de dos baterías de faginas, situadas por la parte de la Baradera, así como el de la artillería de los fuertes de San Luis y San José, y á las andanadas de cuatro navíos de línea fondeados á



través de la entrada del puerto, á bordo de uno de los cuales tenía su insignia D. Blas Lezo. Aun cuando desigual al que recibía el que podía hacer el *Shrewsbury*, sin embargo, el comandante de este buque, capitán de navío Townsend, no quiso retirarse y sostuvo el combate durante siete horas. La llegada de la noche hizo cesar el fuego á los españoles, y el Almirante envió orden al *Shrewsbury* de retirarse, estando ya casi enteramente destrozado, pues además de desmantelado por completo, había recibido 240 balazos en el casco, 16 de ellos á flor de agua, y perdido 20 hombres, teniendo también 40 heridos.

Los días transcurridos hasta el 15 se emplearon en desembarcar las tiendas de campaña, artillería, pertrechos y víveres, así como 12 cañones de á 24 que, á petición del General, facilitaron los buques. Durante los primeros tres días estuvieron nuestras tropas muy expuestas á los grandes ardores del sol y á los fuertes relentes de la noche, lo cual causó muchos enfermos, al paso que el fuego del enemigo produjo muchos muertos. El campamento estaba situado en una playa baja, abrigado de los fuegos de las baterías enemigas de la parte de la Baradera, de las cuales lo cubría el peñasco sobre que se hallaba el fuerte de San Felipe, pero expuesto á la línea de fuego cuando los españoles lo hacían á nuestra batería de morteros desde aquella misma parte, pues el proyectil que la erraba lo cogía de flanco. Como las operaciones ó trabajos del jefe de ingenieros Mister Moor no respondiesen á los deseos del Vicealmirante, éste lo hizo presente, en términos muy impropios, al general Wentworth, que en nada era culpable de ello, incidente que originó desvío entre ambas autoridades.

Vistos los daños que en el campamento continuaba causando la batería situada en la Baradera, resolvióse en Junta de guerra atacarla con 300 marineros y 200 soldados. Para llevar á cabo esta determinación se dispuso que todos los botes de la escuadra, incluso las lanchas, esquivados y armados, estuviesen listos á media noche, á fin de sorprender la batería. Confiáronse los botes á la dirección del capitán de navío Watson, á cuyas órdenes quedaron los jefes de igual clase Norris y Colby, debiendo ser mandados los marineros, una vez en tierra, por Boscawen, á quien acompañarían Laws y Cotes, al propio tiempo que á la cabeza de los soldados se pondrían los jefes de aquella categoría Murray y Washington. Mas como el viento fuese fresco á la hora designada, y también durante todo el día siguiente, defirióse la ejecución de la empresa para el 19, á cuya media noche pusieron en movimiento los botes, verificándose el desembarco una milla escasa á sotavento de la batería de la Baradera, que montaba 15 cañones de á 24.

Hallábase el sitio del desembarco entre dos arrecifes de piedra, debajo



mismo de las bocas de una batería de cinco cañones, que había en la orilla, razón por la cual el enemigo abrió en seguida el fuego contra los que desembarcaron. Esta inesperada recepción causó al pronto gran desorden en nuestra fuerza, pero sus oficiales consiguieron en seguida reponerla, y á la resolución por ellos desplegada fué debido el éxito; avanzaron, pues, con inquebrantable intrepidez, treparon por las troneras y se apoderaron de la batería antes que el enemigo tuviese tiempo de cargar de nuevo los cañones, consiguiendo este resultado con muy insignificante pérdida. El fuego alarmó á los españoles que guarnecían la mayor de las baterías, y sospechando lo acontecido, dirigieron sus punterías á la que acababa de ser tomada, disparando metralla sobre la gente nuestra que avanzaba, que á no hacerlo de la manera más veloz, hubiera experimentado grandes pérdidas. Tan malas eran las punterías del enemigo, que sus proyectiles pasaban sobre las cabezas de nuestra gente, la cual, continuando con gran valor, logró apoderarse del punto, después de una breve aunque fuerte resistencia. En seguida se clavaron los cañones, se destruyeron las plataformas, y éstas, juntamente con las cureñas, almacenes y viviendas de la guarnición, fueron quemadas. Verificado todo lo cual, regresó la gente á sus buques con sus prisioneros heridos y con muy corta pérdida. Tan complacido quedó el Almirante de su comportamiento, que gratificó á cada hombre con un peso duro.

La destrucción de esta batería fué de la mayor utilidad para las tropas que estaban delante de San Luis de Boca Chica, porque desde entonces pudieron trabajar con más seguridad en las baterías que levantaban contra la plaza, sin embargo de lo cual, los ingenieros no adelantaban todo lo que esperaba el Vicealmirante, quien cada día estaba más impaciente por entrar con la escuadra en el puerto, pues el fondo en que se hallaba era sucio y el tiempo cada vez peor.

El enemigo rompió el día 20 un vivo fuego desde el fuerte de San Luis contra nuestra batería de morteros, pero sin causarnos gran daño. Conociendo, sin embargo, la ventajosa situación de la batería últimamente destruída por la parte de la Baradera, se ocupaba con diligencia en repararla, y el 21 había conseguido reconstruir varias de las troneras y montar dos ó dos tres cañones, los cuales empezaron á jugar contra la expresada batería de morteros y el campamento, pero cuyo fuego fué apagado, por lo pronto, con el del *Rippon*, que por orden del Vicealmirante fondeó todo lo cerca posible de ella, á fin de evitar que el enemigo reparase la batería arruinada.

Para tratar de abreviar las operaciones cuanto fuere dado, llamó el Vicealmirante á Consejo de guerra á los oficiales de la escuadra, en el



cual se resolvió el ataque general de todos los fuertes y baterías, así como que se llevase á cabo tan luego como el viento permitiese á los buques ocupar las posiciones que les estaban asignadas. Encargóse este ataque al comodoro Lestock, poniendo á sus órdenes dos navíos de 80, tres de 70 y uno de 60; siendo todos los que el espacio permitía emplear. El Comodoro debía ser sostenido por Sir Chaloner Ogle con cinco buques, los cuales debían reemplazar á los que no pudiesen continuar en combate, ó unirse á los otros si hubiese sitio bastante para ello.

Como á las siete de la mañana del 21 abrió por fin sus fuegos nuestra gran batería contra el fuerte de San Luis, secundada por la que montaba 30 morteros, devolviéndolos el enemigo desde el mismo fuerte San Luis, de cuatro buques de guerra y del fuerte San José, con lo que hízose muy reñida la acción entre ambas partes.

En las primeras horas del 23 emprendió el comodoro Lestock, á bordo del *Boyne*, acompañado del *Princess Amelia*, *Prince Frederick*, *Hampton-Court*, *Suffolk* y *Tilbury*, el ataque contra los fuertes, baterías y buques españoles, consistentes éstos en el *Galicia*, de 70, con la insignia de su Almirante; el *San Carlos*, de 66, y el *Africa* y *San Felipe*, de 60. La posición de estos buques era la más favorable para defender la boca del puerto y al propio tiempo rechazar todo intento de forzarla. El enemigo desplegó la mayor energía tan luego tuvo á tiro á nuestros buques, comenzando con el mayor ardor el ataque. Por haber caído más á sotavento de lo que se quería el *Boyne*, estuvo muy expuesto, y sufrió mucho, por lo que se le mandó retirar en la noche. El *Princess Amelia* prestó gran servicio y apagó los fuegos de una batería de faginas nuevamente construída por el enemigo. El *Prince Frederick* y el *Hampton Court* sostuvieron durante el día un furioso cañoneo, pero después de retirado el *Boyne*, compartióse contra ambos buques el fuego que el enemigo le hacía. Tan malparados estaban antes del día, que el Vicealmirante se vió precisado á ordenarles que se retirasen. Perdió la vida el comandante del primero, Lord Beauclerk, y con él uno de sus mejores oficiales la nación. El *Suffolk* y el *Tilbury* sufrieron menos daño por estar fondeados más al Norte, y continuaron sus fuegos contra el fuerte San Luis hasta la caída de la tarde, que recibieron orden de retirarse. La gran distancia á que de este fuerte se hallaban los buques ingleses hacía que sus proyectiles se empleasen únicamente en ventaja del fuego que se dirigía á sus muros, siendo, por tanto, su principal objeto en esta ocasión distraer todo lo posible al enemigo y obligarle á dividir el suyo, que de otro modo lo hubiera concentrado contra nuestras baterías.

En este ataque fué mortalmente herido el jefe de ingenieros, pérdida



muy sensible para el ejército. Abierta brecha por las baterías de tierra en las murallas del fuerte, se tomaron las medidas para darle el asalto tan luego se declarase practicable. Como el General se apercibió de que seguía molestando al campamento la batería del lado de la Baradera, se lo participó al Almirante el día 24, y aquél ordenó al *Princess Amelia*, al *Litchfield* y al *Shorcham* que fuesen á fondear todo lo más cerca posible de ella, enviando al propio tiempo un destacamento de marineros que, mandado por el capitán de navío Watson, la destruyó por segunda vez; verificado lo cual, arrastraron los marineros los botes sobre una lengüeta de tierra y abordaron y quemaron un buque que estaba fondeado á la otra parte, y cuyo objeto era proveer de municiones á la batería. El efecto de las nuestras fué tal, contra el fuerte de San Luis, que el 24 muchos de sus principales cañones se hallaban desmontados, en ruinas sus defensas, y tan ancha la brecha, que el general Wentworth, después de reconocer por sí mismo la plaza, aquella misma noche determinó intentar tomarla por asalto, trasladándose en la mañana del 25 á bordo del almirante Vernon para comunicar á éste su resolución.

Una vez conocida, resolvió el Vicealmirante operar una poderosa diversión para favorecer su éxito y desembarcar una columna de marineros por la parte de la Baradera, á fin de distraer al enemigo. Tuvo, en efecto, lugar ese desembarco en la misma tarde, avanzando hasta cerca de la batería de faginas, con lo cual la atención de los españoles se dirigió á aquel lado. Arrégladas las cosas para el asalto, con las escalas listas, hizo el general Wentworth la señal convenida, cerca de las cinco y media de la tarde. En este momento hizo la batería grande una descarga de proyectiles sólidos contra la brecha, seguida inmediatamente por otra de metralla, con lo que el enemigo se vió obligado á retirar sus centinelas, ó al menos á colocarlas fuera de nuestra vista. Cubierta por el humo avanzó la primera columna, desapercibida del enemigo, siguiéndola la segunda y la tercera, todas al mando del brigadier general Blakeney, que era el jefe de día. Precisamente en el momento que nuestra gente llegaba al pie de las murallas, tocaba el enemigo generala, cubriendo su tropa la cresta de la brecha, al propio tiempo que sus buques de guerra empezaron á metrallear y que el fuerte San José rompía sus fuegos. A pesar de esto siguió avanzando nuestra fuerza, con lo cual fué tal la confusión del enemigo, que huyendo precipitadamente hacia la otra puerta, dejó en nuestro poder la fortaleza con sólo la pérdida de un hombre. Su gobernador se hallaba á bordo del buque almirante, conferenciando con éste, quedando ambos en la mayor consternación ante tan inesperado acontecimiento. Los buques tenfan orden de irse á pique en caso necesario, á cuyo efecto habían abierto á



cada uno un grande y cuadrado rumbo, tapado con un taco de madera. Retirada con la mayor prontitud la gente, fueron á fondo el *Africa* y el *San Carlos*, pero no habiendo podido quitar el taco al *San Felipe*, le pegaron fuego.

Observada por el capitán Knowles la consternación en que cayó el enemigo al apoderarnos del fuerte de San Luis, resolvió sacar de ello el partido posible, y al efecto ordenó que los botes bogasen muy cerca de la costa de sotavento, pegados al de San José, del que instantáneamente se apoderó por asalto, con muy poca resistencia del enemigo, que huyó después de hacer unos cuantos disparos, dejando solamente un soldado ebrio, que debía hacer volar el almacén de pólvora.

Puesto el fuerte á cargo del capitán Cotes, dirigiéronse los de igual clase Knowles y Watson, con algunos de sus botes á la parte adentro de la cadena que cerraba la boca del puerto, y tomaron al abordaje el navío *Galicia*, de 70 cañones, antes que los botes enemigos pudiesen volver para llevarse al comandante, quien, así como un capitán de los batallones de marina, un alférez de navío y sesenta hombres, habían permanecido á bordo, con objeto de quitarle el taco y que se fuese á pique. Nuestra gente se apoderó de la bandera y de la insignia de D. Blas Lezo, que aún ondeaban.

Hasta entonces las pérdidas de nuestro ejército, ya por el clima, ya por el enemigo, subían á 500 hombres, entre los cuales muchos oficiales de filas, no bajando tal vez de 1.500 los enfermos en los buques hospitales. Si bien no tantas, en proporción al número de tripulantes, las pérdidas de la escuadra eran también de consideración, y varios comandantes de buques habían sucumbido al rigor del clima.

Los maderos atravesados en su boca eran el único obstáculo para la entrada de la escuadra en el puerto, obstáculo que fué pronto destruído con los botes y trabajos de los carpinteros. Remolcado el *Galicia* fuera del canal, el Vicealmirante penetró por él hasta dos leguas, si bien venciendo grandes dificultades, por estar el *San Carlos* y el *Africa* á pique en la misma canal y seguir ardiendo el *San Felipe* en la costa de sotavento; todo lo cual le obligó á emplear tres horas en espaciarse, después de fondeado en la angostura, para poder penetrar en el puerto. Al día siguiente recibieron el *Burford* y el *Oxford* orden de avanzar y de fondear fuera de tiro del castillo Grande, á fin de cortar por mar las comunicaciones de los españoles con aquel lado. En este mismo día penetró el *Worcester* hasta donde se hallaba el Vicealmirante, haciéndolo fondear cerca de un muelle, en el cual había un pescante y un manantial de excelente agua. En la tarde del propio día entraron el *Weymouth* y el *Cruizer*, los cuales recibieron orden de destruir las baterías de Paso Caballos, cuya ensenada separa el Barco



Grande de la tierra firme, y por medio de la cual acostumbran á pasar víveres de Tolú y Sina á Cartagena. Allí habían levantado los españoles dos pequeñas baterías, una de ocho y otra de cuatro cañones. Verificado este servicio, remontó el *Cruizer* hasta la ensenada, y se apoderó de cuatro grandes barcazas ó cascós, clase de embarcaciones formadas del solo tronco de un árbol, pero de capacidad suficiente para cargar veinte toneladas.

He sido lo más minucioso posible en la mención de estos particulares, en razón á que entre las muchas causas que dieron margen á las malhadadas diferencias entre los dos comandantes en jefe, fué la principal la falta de agua suficiente para las tropas, á consecuencia de lo cual aumentaron en sus filas las enfermedades con asombrosa rapidez.

De lo expuesto deducirá fácilmente el lector que el Vicealmirante tuvo medios de evitar la queja, aun cuando hubiese sido preciso para ello emplear todas las tripulaciones de los buques de guerra, haciendo que varios de los transporte llevasen agua para el consumo de las tropas. Después de este malhadado desacuerdo entre los jefes, sobrábale razón al ejército para quejarse de la parcialidad mostrada por el Vicealmirante á favor de la escuadra, la cual tenía con frecuencia ración de carne de vaca y de tortuga; extraordinarios de que no participaban las tropas, como si no pertenecieran al propio país, ó sus servicios fuesen distintos. El deseo manifestado por el general Wentworth de que se ocupasen dos ó tres embarcaciones pequeñas en pescar tortugas para los enfermos, no sólo recibió una negativa, sino que además los salados para el ejército se suministraban con irregularidad.

Mientras tanto, las divisiones del Vicealmirante y contraalmirante continuaban internándose en el puerto, cuanto lo permitía el tiempo, ya por medio de espías ó á la vela, y concluida que fué tan fastidiosa tarea, el 30 de Julio se situaron las fuerzas sutiles y las fragatas en el litoral del puerto, á fin de vigilar todas las pasas y ensenadas y evitar la entrada de víveres en la ciudad. El comodoro Lestok permaneció en Boca Chica para verificar con toda presteza el reembarco de tropas y artillería empleados en el sitio del fuerte Luis.

Pasemos á relatar la penosa parte de esta desgraciada expedición. Mucha instrucción puede sacarse de ella, y precisa narrarla por molesto que sea. Debe servir de lección para evitar discusiones y también para hacer comprender que sólo con buen acuerdo y mutuos esfuerzos pueden llevarse á cabo con éxito los servicios que el país exige. Difícil es determinar el grado de culpa que cupo á cada uno de los Comandantes en jefe; en verdad, sus caracteres eran bien distintos. El general Wentworth había



sido considerado siempre como un hombre completo y de capacidad. Al Vicealmirante se le tenía por buen oficial, pero de carácter y maneras intolerantes. Acostumbrado á dictar, no podía avenirse á tener á su lado otro jefe con igual autoridad que la suya, y su intolerante y destemplada conducta durante estas operaciones marchitaron los laureles tan bien adquiridos en Portobello. Después de la toma del fuerte de San Luis, ambos Comandantes se concibieron mutuo y gran desprecio, aprovechando cuanta oportunidad se les presentaba para manifestarse su disgusto. En vez de verse á menudo y de consultarse la mejor manera de poner en práctica las órdenes que daban, se mantuvieron completamente separados, conservando la mayor reserva el uno para el otro. Cada uno de ellos tenía su partido, lo cual hacía más públicas sus desavenencias....

Viendo el enemigo que el Vicealmirante se internaba con sus buques en el puerto, y conociendo que podía llegar hasta poner sus baterías muy cerca de las murallas de Castillo Grande, tomó las medidas necesarias para impedirselo, y al propio tiempo para evitar que entrase en la dársena, cuyas aguas bañan los muros de la ciudad, pues bien conocían los españoles que de ello dependía la seguridad de la plaza. Consiguiente á esta creencia, fondearon ó echaron á pique á cada lado del bajo que está en la medianía del canal, entre Castillo Grande y el fuerte Mancinilla, siete galeones y otros buques, fondeando además los dos navíos de línea que les restaban, el *Conquistador* de 66, y el *Dragón* de 60, en posición tal que sus andanadas se dirigiesen contra cualesquiera buques que atacasen, bien el Castillo ó el fuerte.

En Consejo de guerra celebrado el 30, se resolvió proceder en seguida al ataque de las restantes defensas del puerto, á fin de poder desembarcar las tropas en el sitio más conveniente cercano á la ciudad. Internábanse los buques para ejecutar este plan, cuando, con el fin de ahorrarse trabajo, el enemigo voló el fuerte de Mancinilla, que consideraba no podía resistir contra semejante fuerza; echó á pique los dos navíos de línea, inutilizó la pólvora, y abandonó Castillo Grande. El capitán Knowles que, enviado para practicar un reconocimiento, fué el primero que se apercibió de lo que estaban haciendo los españoles, dió cuenta á Sir Chaloner Ogle, quien le ordenó levase, y que situándose con su propio buque junto á Castillo Grande, le hiciese fuego para ver si contestaba el enemigo. Y obedecida instantáneamente la orden, como no fué contestado, envió á tierra sus botes y se apoderó de él, encontrando montados 59 cañones, pudiendo haber sido su toma muy costosa en trabajo y sangre. Tanta había sido la precipitación con que el enemigo clavó las piezas, que la mayor parte de ellas pudieron volver á servir. El Almirante confió el mando de la fortifica-



leza á Knowles y lo guarneció con cien hombres del regimiento de lord James Cavendish. La posesión de esta fortaleza era de la mayor trascendencia para las futuras operaciones contra Cartagena, pues permitía atacar la ciudad ventajosamente, dominando al propio tiempo una gran parte de la calzada que á ella conducía. Con objeto de que las bombarderas operasen contra la plaza, el Vicealmirante se colocó con su buque junto á Castillo Grande. Empleó la gente que se hallaba bajo su inmediato mando en tratar de abatir los palos de los buques españoles, á fin de abrir un canal sobre los que estuviesen á pique en más braceaje, y que por él pasase la escuadra, esperando que bajo la protección de sus cañones podrían desembarcar las tropas lo más cerca posible de la ciudad. Los capitanes Griffin y Bentone, comisionados para reconocer el canal, hallaron que la popa del *Conquistador* flotaba, y logrando modo de revirlo, abrieron una pasa por la cual entraron acto continuo las bombarderas y dos fragatas. Mientras tanto el comodoro Lestock había terminado el desembarco de las tropas y artillería del fuerte de San Luis, y entrando en el puerto, reunióse al Vicealmirante en Castillo Grande. El 3 incendiaron los españoles un buque francés fondeado cerca de las murallas de la ciudad, temiendo que fuese apresado si la escuadra inglesa se acercaba para bombardearla, pues á la distancia que se hallaba de Castillo Grande, éste no podía hacerle daño. El *Weymouth* y otros varios buques pasaron por el obstruído canal, y obraron de modo que pudiese el general Wentworth desembarcar sin riesgo las tropas.

En Consejo de guerra, compuesto de oficiales del ejército, se resolvió verificar el desembarco en un punto llamado Tejar de Gracia, casa de campo habitada anteriormente por los factores del Mar del Sur, y distante dos millas del fuerte San Lázaro. Al propio tiempo debía tomarse posesión de La Quinta, á fin de cortar por este lado todas las comunicaciones entre la ciudad y la campiña, desembarcar la artillería y despejar el terreno para acampar.

Poco antes de las dos de la mañana del 5 de Abril se embarcó en los botes de la escuadra el brigadier general Blakeney con la primera división de tropas, compuesta de unos 1.400 hombres. Reunidos por la popa del *Weymouth*, y tan pronto fué de día, se dirigieron para tierra, reforzados por los granaderos del ejército. Siguiólos inmediatamente después el resto de las tropas, formando todos tan luego hubieron desembarcado. Preciso fué esperar un rato por 200 soldados americanos que, con arreglo al plan concertado, debieron unirse á las tropas que primero desembarcaran con herramientas, así como por los negros y una partida de operarios de artillería.



Incorporados unos y otros, dispuso el General que los granaderos penetrasen en el bosque y que el brigadier general Blakeney los sostuviese con los dos regimientos veteranos. Después de atravesarlo por un estrecho desfiladero, sólo con pérdida de un hombre, causada por una partida suelta enemiga, hicieron alto las tropas, y con aviso que le dió el oficial que iba á la cabeza de los granaderos de haberse presentado al frente un cuerpo considerable de enemigos, y después de reconocidos, dispuso el general Wentworth que los granaderos, formados en columna por subdivisiones, lo desalojasen. El enemigo contaba cerca de 700 hombres. El terreno sobre el cual tuvieron que marchar las tropas no permitía más frente que el de una subdivisión, estando á la izquierda la laguna y á la derecha un monte bajo y espeso, por dentro del cual hizo el General que marchase una columna de soldados americanos para procurar tomar al enemigo de flanco y por retaguardia, así como las partidas que en él hubieran podido introducirse. Los granaderos avanzaron con gran decisión, y después de recibir, aunque sufriendo corta pérdida, dos descargas del enemigo, empezaron un nutrido fuego. Como la subdivisión del frente disparó á cerca de medio tiro de fusil, y abriéndose, giró á derecha é izquierda para dejar que avanzase la que le seguía, creyó el enemigo que huían los ingleses, expresando por ello su alegría con nutridos vivas, ilusión de que pronto le sacó el vivo fuego de las tropas, con cuya continuada marcha entró la confusión en las contrarias, que huyeron hacia la ciudad.

Tan luego de colocadas las convenientes guardias y abrigadas las tropas en algunas casas y cobertizos contiguos á La Quinta, para que reconociese el Convento de la Popa, del que se apoderó sin resistencia haciendo unos cuantos prisioneros. Por su situación sobre altísima eminencia, desde la cual se veían las obras del fuerte San Lázaro, y también la ciudad de Cartagena, se estableció una guardia en el Convento, desde el cual el General, acompañado del brigadier general Guise y el jefe de ingenieros, reconocieron los expresados fuertes y ciudad, celebrándose á su regreso un Consejo de guerra, en el que se discutió si debería ó no atacarse San Lázaro en la siguiente noche, antes que el enemigo terminase las obras que estaba practicando con la mayor diligencia sobre el monte, resolviéndose posponer el ataque á causa de no haber sido aún desembarcado el material necesario para ello. Al caer la tarde se hallaban en tierra, y con debida seguridad en La Quinta, fuera de la línea de tiro del enemigo, dos cañones de á 12 y tres de á 3, con 50 tiros de bala sólida y cinco de metralla.

También desembarcó una partida de soldados americanos, y negros, con



varias herramientas, empezándose en seguida á preparar el terreno en que debían acampar las tropas. Pero el excesivo calor, no sólo retardó este trabajo, si que también fué fatal para los europeos en él empleados. Reunido de nuevo el Consejo de guerra el día 7, y oído el informe del jefe de ingenieros, así como teniendo en cuenta lo dicho por los prisioneros y desertores, determinó que no debía intentarse nada contra el fuerte San Lázaro sin levantar primero una batería, y que su reducción se facilitaríá mucho si las bombarderas y un navío de línea operaban contra él.

Ordenóse al ingeniero que señalase el sitio en que había de situarse la batería. Púsose inmediatamente en conocimiento del Vicealmirante la resolución tomada por el Consejo, á cuya noticia contestó en la misma tarde, desaprobando que se dilatase el ataque, manifestando al propio tiempo que si el Consejo persistía en semejante resolución, tratándose de un fuerte tan despreciable, él creía que si el ingeniero llegaba á terminar la batería, el enemigo no esperaría á sus disparos. Sin embargo, nada contestaba á lo que la resolución del Consejo de guerra expresaba respecto al bombardeo por los buques.

El enemigo continuaba sus obras sobre el monte de este fuerte y montó en ellas varios cañones, con los que hizo disparos de muy poco efecto contra el campamento del General. Éste participó por escrito al Vicealmirante que había tratado de cortar la comunicación de la ciudad con la campiña por medio de la lengua de tierra que daba á la mar, pero había visto que el destacamento que para ello se enviase allí quedaría enteramente á merced del enemigo, en razón á que carecía de botes para proveerlo de víveres y agua. Que por tanto le proponía que varios buques pequeños de guerra se fondeasen cerca de dicha lengua de tierra. Así prometió hacerlo el Almirante, pero no llegó á tener nunca efecto.

Grandísima era la importancia de la petición del General, y no debió haber sido descuidada desde que principiaron las operaciones contra Cartagena, especialmente desde que nos posesionamos de la Popa; siendo aquella lengua de tierra llana en una parte considerable de su extensión, esta entrada de la ciudad debió haberse dominado por completo, colocando tres ó cuatro buques menores de guerra pegados á tierra, de modo que no hubiera podido entrar en la plaza nada de aquella parte de la campiña.

Como el General pidiese con empeño los refuerzos de tropa de la escuadra, á que tenía derecho, envió este mismo día á tierra el Vicealmirante el resto del regimiento americano y 40 hombres de los otros. De absoluta necesidad eran estos refuerzos, pues al desembarcar el ejército en Tejar de



Gracia, contaba sólo con 4.350 hombres, cuyo número habían disminuído las enfermedades y la muerte.

Vuelto á reunirse el día 8 el Consejo de guerra, expuso el Jefe de Ingenieros que para despejar el terreno á través del bosque y levantar la batería, se necesitaba un número de hombres y un espacio de tiempo que hacían ambas cosas impracticables, atendidas las presentes circunstancias del ejército, principalmente habiendo entrado la estación malsana y empezado á escasear el agua de las cisternas. Puesto el Consejo en la disyuntiva de intentar, con un rudo ataque, la toma del fuerte San Lázaro, ó reembarcarse, resolvió emprender lo primero á la siguiente mañana. Desembarcadas las escalas de asalto, afirmáronle aún más en su resolución las noticias recientes de los desertores y prisioneros, confirmadas actualmente por las observaciones de algunos de los ingenieros que habían reconocido de cerca el fuerte, y consistían en que las murallas no eran demasiado altas para nuestras escalas; que á pesar de lo dicho en contra, no había foso al pie de ellas; que el camino que por la derecha conducía á lo alto del monte era ancho, y que á la izquierda del fuerte había una puerta de madera que podía forzarse sin mucha dificultad, y para llegar á la cual había prometido un desertor servir de guía.

Dos oficiales generales protestaron de esta resolución; pero lo que tal vez podía ser de considerable peso en el ánimo de varios miembros al adoptarla, era el vehemente empeño del Vicealmirante para que se llevara á cabo un ataque antes de abrir brecha, y su insistencia de que apenas había probabilidad de mal éxito en la empresa. Por otra parte el General podía presumir que por rudo que fuese el ataque, si no lo daba no dejarían sus enemigos de hacer en ello hincapié para malquistarlo en su país, y probablemente cargaría por ello con la exclusiva culpa del mal éxito de la expedición; por cuanto es común á la opinión pública de todos los países considerar como criminales á los que no logran buen éxito ó son desgraciados en sus empresas.

El Almirante hizo que en seguida bajasen á tierra todos los guías y desertores que como medida de seguridad habían sido remitidos á la escuadra, empleándose el resto del día en los preparativos del ataque. Aquella misma noche reunióse de nuevo el Consejo de guerra, y aprobado que hubo el plan, se comunicó á los principales jefes del ejército. El plan concertado no ha merecido censuras; los mejor concebidos, sobre todo si son militares, fracasan con frecuencia por accidentes inevitables. En el caso de que se trata, el conjunto fué puesto en práctica de noche, lo cual hacía que los oficiales marchasen con gran precaución, porque poca confianza debía tenerse en los guías, aun cuando eran los mejores que podían obtenerse.



Se resolvió asaltar la plaza por dos puntos á un mismo tiempo. Habiendo sido aliviados los granaderos del peso de sus morrales á causa de lo caluroso del clima, se dispuso que marchase cerca de ellos un destacamento del regimiento americano con las granadas de mano en sacos, á fin de dárseles cuando las necesitasen. Por la mayor de las desgracias, debida á la obscuridad de la noche, este destacamento se quedó á retaguardia y llegó con las granadas cuando ya el ataque estaba empezado.

A las dos de la mañana del 9 de Abril se hallaban formadas en la playa las tropas destinadas al asalto, y pusieron en movimiento poco antes de amanecer. Jamás vieron soldados más decididos; con resolución extraordinaria treparon por el monte sobre cuya cima se halla el fuerte; pero la columna que debía haber subido por un camino accesible, que caía á la derecha del mismo fuerte, sufrió el más fatal de los extravíos á causa de la obscuridad y de equivocación del guía, verificándolo por el centro, cuya subida era sumamente escarpada y quebrado el terreno. Algunas de las tropas que iban á la cabeza consiguieron llegar á la cresta del monte y avanzaron contra las trincheras enemigas. Llegado el momento de las escalas de asalto, se vió que, á pesar de los esfuerzos de sus oficiales para evitarlo, los soldados americanos que las conducían las habían tirado, tomando en su lugar fusiles, ó poniéndose al abrigo del fuego enemigo; lo cual, privando á esta columna del debido sostén, le produjo grandes pérdidas, que sin embargo soportó con inquebrantable valor; y como no podía causar daños á las obras enemigas, recibió orden de retirarse. Igual desgraciado éxito tuvo el ataque de la izquierda. Herido mortalmente el coronel Grant, después de llegado á la cumbre, y muertos el guía así como otros varios, detuvo la marcha el oficial que le sucedió en el mando. Tal era la situación de las cosas al romper el día, en cuyo momento, reforzado fuertemente el enemigo y vista por el General la pérdida experimentada, le envió 500 hombres al general Guise para que le apoyasen si persistía en el ataque, ó bien cubrir la retirada de los que sobreviviesen. Esta era la sola alternativa que restaba, y que ejecutó la columna auxiliadora cumplidamente, no atreviéndose el enemigo á perseguirlos. En este desgraciado asalto tuvimos 170 muertos y 459 heridos, además de 16 prisioneros, 10 de los cuales habían caído heridos, entre ellos tres oficiales, quienes, á pesar de tratados con la mayor humanidad por los españoles, murieron á los dos ó tres días.

Se convino en una suspensión de hostilidades por unas cuantas horas para dar sepultura á los cadáveres. El 10 de Abril fueron embarcados los enfermos y heridos y ensanchada la trinchera de la guardia para dos morteros que quedaron montados en este mismo día y que empezaron á jugar



al siguiente, 11, con muy buen efecto, contra el fuerte San Lázaro. En este propio día reunió el General en Consejo de guerra á los oficiales que estaban cerca, y expuéstoles el estado del ejército resolvióse por unanimidad, «que no podía continuarse la empresa sin un refuerzo considerable de la escuadra», resolución que fué en seguida participada al Almirante. Cada día aumentaban las enfermedades en las tropas, contándose entre los enfermos muchos de los principales oficiales, al paso que comenzaba á faltar el agua de las cisternas.

El Vicealmirante contestó el 12 á la resolución del Consejo, pero sin darse por entendido de la demanda de refuerzo hecha á la escuadra. Reunido aquél de nuevo, no pudo menos de resentirse del desprecio con que era tratado por el jefe de ella, haciéndoselo así entender en la réplica á su contestación; participándole, al propio tiempo, el deseo de que diese las competentes órdenes para el embarco de la artillería, etc., pues que de su silencio deducían que no debían esperar refuerzos. El 13 respondió el Vicealmirante á esta representación del Consejo de guerra de Oficiales del ejército, quienes le dieron inmediata contestación, suplicándole se reuniese un Consejo de guerra general. Accedido á lo cual, se resolvió celebrarlo á bordo del buque almirante al siguiente día 14, y expuesto ante él, por el general Wentworth, el estado de las tropas que mandaba, declaró parecerle impracticable la continuación de la empresa, sin la ayuda de la escuadra. Hízose en seguida comparecer al Jefe de ingenieros, quien manifestó los puntos más á propósito para erigir baterías, añadiendo que á lo menos eran necesarios quince días para ello, pues debía contarse con las interrupciones acarreadas por el enemigo y con lo que de hora en hora aumentaban las enfermedades entre las tropas; que sólo para el relevo en este servicio, se necesitaban 1.500 hombres; pero que con las fuerzas que se hallaban actualmente en tierra, el sitio no tenía probabilidades de buen éxito.

Hubo el Vicealmirante de tener tomada de antemano su resolución, pues en seguida presentó la cuestión de: «¿Deben ó no reembarcarse las tropas?» Entonces dijo el general Wentworth que no votaría hasta que no se le manifestase qué auxilios debían esperarse de la escuadra. Interrumpióle el Vicealmirante con gran calor y apasionadamente, empleando el más grosero lenguaje. Respondióle el General como merecía, á lo que replicó el Vicealmirante, saliéndose en seguida de la cámara. Continuó entonces el debate sin pasión y en lenguaje moderado, y renovada por el General su pregunta, sir Chaloner Ogle y los demás oficiales de marina estuvieron unánimes en declarar que por ningún concepto sería conveniente desembarcar la marinería, porque no podría tenérsela sometida á



la obediencia, y no tardaría en dispersarse espontáneamente, internándose en los bosques, á lo cual Mr. Vernon, que sentado escuchaba en la galería, añadió que varios de los marineros no tardarían en meterse en Cartagena. En este momento volvió el Vicealmirante á ocupar su sitio en el Consejo, y se resolvió por unanimidad reembarcar las tropas y la artillería todo lo más diligente que fuese posible.

El capitán Knowles, comandante del *Weymouth*, comenzó el día 8 de Abril á levantar una batería para dos morteros de á 10 pulgadas, cerca del sitio en que estaba fondeado su buque, y con ella empezó el 14 á bombardear á fuerte San Lázaro; pero la demasiada distancia á que éste se hallaba, hacía ineficaces sus tiros. El 15 fueron reembarcados, con la artillería, los pertrechos y equipajes; y en la tarde del 16, levantadas las tiendas de campaña, formaron las tropas tres divisiones y marcharon á la playa, embarcándose en seguida en los transportes, sin molestia del enemigo en su retirada. Verificado esto, todo el mundo creyó concluída toda tentativa de rendir á Cartagena; sin embargo, el Vicealmirante determinó intentarlo por medio de una prueba tan extraordinaria como inútil.

Temprano, en la mañana del 16, se vió el *Galicía*, que aquel jefe había convertido en batería flotante, montándole 16 cañones de los calibres de á 18 y 12, adelantarse contra la ciudad, mandada por el capitán Hore, quien tenía orden de fondear todo lo cerca de ella que le permitiese el calado y batirla con todas las piezas que de su batería pudiera emplear. Sin embargo de haber varado antes de estar á distancia en que sus tiros pudieran causar efecto, sostuvo un fuego continuo desde las cinco de la mañana hasta mediodía. El enemigo asestó contra el buque todos los cañones que pudo, y como nada le distraía de tan buen blanco, casi lo destruyó por completo. Viendo á esa última hora el Vicealmirante lo disparatado de su proyecto, dió orden al capitán Hore para que tan luego tuviese fuerza la brisa picara las amarras y se dejase ir con ella, pues el buque había vuelto á flote, aligerado que fué de pesos. Tuvo cumplimiento la orden, aunque continuando el fuego hasta que dejó de alcanzarle el del enemigo. Poco después dió el buque en un bajo, lo cual les valió la vida á los tripulantes, pues estaba á punto de irse á pique por haber recibido 56 balazos á flor de agua. Este experimento costó seis hombres, además de 56 heridos.

Tan extraordinario hecho sólo puede explicarse por el convencimiento en que estaba el Vicealmirante de lo mucho que le vituperarían el no haber cooperado con el ejército á la toma de San Lázaro, bombardeando con una fuerte división la ciudad, mientras la tropa la intentaba. Con este ataque quiso demostrar á la escuadra y al ejército que no era posible á



buques grandes acercarse lo necesario para batir con algún efecto las murallas. Efectivamente; se le hubiera dado la razón si los buques sólo hubiesen podido gobernar como el *Galicia*; pero es el caso que si éste lo hubiese hecho más á la izquierda, hubiera encontrado suficiente agua para acercarse á tiro de pistola de la ciudad.

Si el Vicealmirante hubiese facilitado al ejército 10 ó 12 piezas de grueso calibre, conduciéndolas al campamento, y guarnecido los fuertes y los castillos con marineros, para que sus guarniciones reforzasen las tropas, y cuando las baterías abrieron sus fuegos contra San Lázaro hubiese mandado cinco ó seis buques grandes contra la ciudad, es casi indudable que los españoles se hubieran rendido á las pocas horas de ataque; que obras acabadas de levantar, por bien guarnecidas que estén, son pequeño obstáculo contra regulares aproches y un tren de sitio bien servido.

Empleóse en seguida la marinería en sacar la arboladura y levar las anclas de los buques que estaban á pique, y en destruir los fuertes, castillos, baterías y hornos de cal. Concluida esta tarea, y prendido fuego al *Galicia*, separóse la escuadra de esta escena de miseria y desastres, dirigiéndose á Jamaica.

NÚMERO 3.

Carta del general D. Blas de Lezo remitiendo al marqués de Villarias el Diario del sitio de Cartagena de Indias, año de 1741.

Excmo. Sr.: El diario adjunto que paso á manos de V. E. de lo acaecido en esta ciudad y sus fortificaciones, instruirá á V. E. de la realidad que ha mediado en los varios sucesos del tiempo en que los enemigos han intentado su invasión.

Bien quisiera omitir lo prolijo de esta narración de que se ha formado este volumen, pero las circunstancias que han precedido de abandono y omisión en esta grave materia, no obstante las anticipadas órdenes de S. M. para el resguardo de esta plaza, y encargos con que me hallo para su consecución, me precisan á exponer, aun contra mi genio, que sólo los efectos de la Divina Providencia han sido causa para lograr por entero que esta ciudad y comercio no experimentasen su total ruina, sin que causa humana en lo natural pudiese contrarrestar las fuerzas que vinieron, por el lamentable estado en que se hallaba.

Pues habiendo dado cumplimiento á lo que S. M. se dignó ordenarme por las Secretarías de Indias, Marina y Almirantazgo para que con la ma-



yor parte de mis tripulaciones ayudase á la defensa de esta plaza y puerto, lo que practiqué con toda puntualidad, fué preciso concurrir, demás desto, con cañones, balas, pólvora, atacadores, granadas, metralla, cureñas, ruedas y ejes, porque, como no se había dado providencia alguna, se carecía de un todo.

Ni parece creíble que una ciudad amenazada del enemigo con anticipadas noticias del Rey para su resguardo, y mandado se hiciese un repuesto de víveres para seis meses, fuese tal la escasez de los positados, que precisase á D. Sebastián de Eslava á la forzosa valerse de los que tenía para las tripulaciones de mis navíos, los que igualmente distribuí, así en la gente de marina, como en la tropa de tierra, porque, aunque le facilité en tiempo oportuno solicitase los necesarios á este importante fin, de las colonias francesas ó del reino de Santa Fe, no asintió á ello con el motivo de no tener caudales.

Con todos estos esfuerzos concurrí á la defensa de esta plaza y puerto, sosteniendo por espacio de diez y siete días el castillo de Bocachica y baterías que se hallaban en la misma infelicidad, trabajando en él y ellas, no como corresponde á general, sino como el último grumete de mis navíos, para que el honor de las armas del Rey no padeciese el desdoro que le amenazaba. Y me persuado que si no hubiera tenido las órdenes de mantener una buena correspondencia con el expresado D. Sebastián de Eslava (y éste la misma para conmigo), hubiera, sin duda, con mis cuatro navíos terminado la empresa de este formidable armamento de los ingleses en aquel sitio de Bocachica; pero desconfiando de mi inteligencia (aunque mi celo excede al que más), me creí que un hombre de esta reputación no dispondría cosa que no fuese del mayor servicio del Rey.

Engañéme en el concepto, porque la experiencia me ha enseñado lo contrario, y que nada hemos tenido que aprender de este General ni en la última expedición, ni en todo lo que ha ejecutado desde su llegada á este puerto.

He sabido por una copia de *Diario* que pude haber á mis manos, que D. Sebastián de Eslava ha forjado en nombre de D. Carlos de Enaut, ó para disculpar sus omisiones, ó para vestirse de mis trabajos, que no es nuevo en la emulación quererse atribuir por propios ajenos lucimientos, tan siniestro y falto de verdad como justifican los instrumentos que incluyo, reservando en mí los originales con otros, para hacer constar á V. E. que sólo mi *Diario* refiere los hechos como pasaron, y que el que se remitirá por D. Sebastián de Eslava en nombre del Ingeniero, lleva la nota de sobornado con la esperanza que le ha dado de sus adelantamientos, porque sólo ha tirado contra mi estimación y el Cuerpo de Marina, para



obscurecer el desempeño con que se portó, llevando casi todo el peso en el combate, y porque no logre la gloria de que llegue á los reales oídos ser quien sostuvo los intentos enemigos en la entrada del puerto, ciudad y fuera de ella, como á todos es notorio.

Y por último, la ciudad se ha quedado en el mismo estado que estaba el día 28 de Abril que se hizo el último fuego, sin haberse construído obra alguna para su defensa, pudiendo los enemigos á su voluntad entrar desde la boca hasta la bahía sin oposición alguna; y respecto de que en este puerto ya no me queda que hacer con oficiales, tropa y gente de mar de mis navíos por haber reunido en sí D. Sebastián de Eslava todas mis facultades, haberse por esta razón separado el comercio de las que el Rey me dió para su dirección, como más largamente lo expongo al Sr. D. Joseph de la Quintana, suplico á V. E. se sirva hacerlo presente al Rey, para que su benignidad me permita poder pasar á la Europa, por cualquiera vía, en el caso de no haber navíos de S. M. en que prontamente pueda conseguirlo este año de cuarenta y uno, para que por este medio mi estimación no padezca las vejaciones que experimenta y pueda conseguir ocuparme en España en lo que S. M. se dignase emplearme, esperando del favor de V. E. protegerá mi instancia que, como tan justa, espero de su justificación.

Dios guarde á V. E. muchos años como deseo. Cartagena de Indias, 30 de Mayo de 1741.—Excmo. Señor.—B. L. M. de V. E. su más seguro servidor, Blas de Lezo.—Excmo. Sr. Marqués de Villarias.

(Archivo de Alcalá de Henares, Estado. Leg. núm. 2.335. Publicada en *Euskal-Erria*, revista de San Sebastián, 10 Octubre 1894.)

NÚMERO 4.

Párrafo de la defensa del marqués del Real Transporte en el proceso formado por la rendición de la plaza de la Habana en 1762.—Impresa en Madrid, en folio.

Bien sabida es la poca unión y conformidad con que entre sí procedieron el Excmo. Sr. D. Sebastián de Eslava, siendo virrey de Tierra Firme, y el Excmo. Sr. D. Blas de Lezo, comandante general de la escuadra que se halló la guerra pasada en Cartagena de Indias; siendo no menos cierto y notorio los avisos que éste tenía en Jamaica por medio de cierta espía española, los que no sólo se despreciaban por el Sr. Eslava, sino que aún escribió á la corte, según parece, contra la integridad y honor del mismo comandante Lezo y el de toda la Marina, atribuyendo á trato ilícito



aquella correspondencia, con cuya nota hubiera quedado si no se hubiese descubierto el misterio, verificándose el sitio de la plaza, en cuyo lance todos saben cómo se portó aquel Comandante general y la gran parte que tuvo toda la Marina en aquella defensa, cuyo Cuerpo ha llorado y llora la pérdida y muerte de un general semejante, que se dice haberle sobrevenido por una bien rara y casual desgracia, sin haber llegado el caso de que enteramente se le reintegrase el honor perjudicado entonces, ni se le premiase el gran mérito que había hecho en el suceso; por lo cual, y mejor enterado de todo después el Sr. Eslava, escrupulizando sobre los mismos puntos, ponderó y exageró en varias ocasiones lo mismo que sobre ellos se había ocultado anteriormente; y de lo que bien instruido nuestro Soberano, premió al Sr. D. Blas de Lezo en su hijo, con especial memoria de aquel suceso.

